

poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo á casa de la Marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia, que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veía precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la Marquesa, y yo me ví de repente con una nueva ama, y en una nueva casa.

CAPITULO VIII.

*Caracter de la Marquesa de Chaves;
y personas que la trataban.*

Era la Marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, ayrosa y bien proporcionada. No tenia hijos; y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria, ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personages de la Corte, así en nobleza

CO-

como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para formar concepto de un genio superior, y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto todos los días se leían en ella ya poemas dramáticos, ya poesias líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verosimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*; antes bien silbaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala, para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocía yo, el primer dia, el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era

TOMO II.

P

na-

naturalmente serio, pero bufon y mofador. El primero que se presentó fue un Ministro togado. Anunciéle, y despues que le introduxe me dixo el maestro de pages: este garnacha es de un caracter gracioso. Tiene alguna introduccion en palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del Rey un caballero que le saludó. Detúvole éste, hizole mil expresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dixo: V. S. me ha conquistado; soy todo suyo: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondiendole el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se separó del togado, quando volviéndose éste á uno de los que iban á su lado, le dixo: quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quién es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte, creo que en casa del primer Ministro.

Poco despues del togado se dexó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien introduce inmediatamente en el quarto de mi ama. Luego que entró me dixo el señor Molina: este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que tratar con el dueño de ella negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la visita sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á que habia ido. A este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala dos señoras, llama-

das

das una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas (me dixo él, quando hubieron entrado en la sala de la Marquesa) en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa. Se las tiene tiesas con los mayores Doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamás á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de Doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter (le respondí yo) es un carácter muy amable; pero el otro me parece que cae muy mal en el bello sexó. ¿Qué dice Vmd. *muy mal en el bello sexó?* replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridículos. Tambien nuestra ama la Marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia. Pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, ceji-junto, y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dixo, uno de aquellos éntes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Séneca, que saben de memoria, y pronuncian con recalcamiento y pomposidad, los quales, exâminados de cerca, se descubre ser unos pobres mentecatos. Tras de éste entró un caballero de buen porte, pero de furioso ayre á la Griega, quie-

P 2

RO

ro decir, de un hombre lleno y pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió que era un Poeta dramático, el qual habia compuesto cien mil versos que no le habian valido quatro quartos; pero que recientemente por solo seis renglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á pedirle me explicase en qué habia conseguido el haber logrado tan de valde aquella fortuna, quando oí un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! exclamó el maestro de pages: ya entró en casa el Licenciado Campanal; á este se le oye mucho antes que se dexé ver. Es un solemnisimo tronera: comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle, y no lo dexa hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del Licenciado Campanal, que en fin apareció en la antesala con otro Bachiller amigo suyo, y prosiguió atronándonos á todos, sin cesar en el tiempo que duró la académica visita. Este Licenciado (dixé á Molina) parece hombre de ingenio. Si lo es (me respondió): tiene ocurrencias muy saladas; se explica con gracia, y con agudeza, es muy divertida su conversacion; pero es un hablador molestísimo, y repite siempre sus dichos y sus cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel ayre cómico y gracioso con que sazona todo lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agude-

dezas y sus gracias si se diese á luz.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las quales me hizo Molina muy graciosas descripciones. Entre estas no se dexó en el tintero la de nuestra ama la Marquesa. Esta dama (me dixo) es una señora muy regular, no embargante su filosofia. Su genio no es enfadoso, ni caprichoso, y dá poco que hacer en su servicio. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco. No se le advierte pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos la gustan: solo la agrada la conversacion. En una palabra, su vida sería intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi sospecha fue el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de quarenta años, pero de malísima figura, contrahecho, corcobado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Díxome que deseaba hablar á la Marquesa; y preguntándole yo quién era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi señora la Marquesa habia hablado en casa de Doña Ana de Velasco. Apenas le anuncié á mi ama, quando toda transportada de alegría me mandó que le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demo-

ciones de gusto y de estimacion, sino que mandó retirar á todas las criadas, quedándose el corcobado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanias expresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado con su visita.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó en particular, y me ordenó reservadamente que siempre que viniese el corcobado procurase introducirle en su quarto con el mayor secreto que fuese posible. Este encargo me dió sospechas; pero obedeciendo á la orden de mi ama, apenas se dexó ver aquel hombrecillo al dia siguiente, quando le introduxe por la escalera secreta en el quarto de la señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces; no pudiendo menos de pensar una de dos, ó que la Marquesa tenia estrañalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Prevenido, y enteramente preocupado de estas temerarias ideas, decia yo á mi capote: si mi ama se hubiera enamorado de un hombre bien hecho, yo la excusaria; pero que se haya prendado de semejante abechucho, que se me figura un camello reciennacido, no se lo puedo perdonar. Mas, ¡ó, y cuánto agraviaba yo á aquella señora! Es el caso, que aquel galápago humano se vendia por muy instruido en la magia blanca, haciendo mil juegos de manos que los no muy instruidos juzgaban no poderse hacer sin auxilio de aquella embustera facultad;

pe-

pero en suma era un grandísimo bribon, que se mantenía á costa de la ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuían á esto muchas señoras de distincion; y la Marquesa cayó en la misma debilidad.

CAPITULO IX.

Dexa Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demás que se verá.

Habia seis meses que yo servia á la Marquesa de Chaves, y estaba muy contento en su servicio. Pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fue la aventura que voy á contar.

Entre las criadas de la Marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre soberbio y zeloso. Luego que éste llegó á entender mi inclinacion, sin detenerse á exâminar si era ó no correspondida, me citó para reñir en parage retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció un enemi-

mi-

migo poco temible, y lleno de confianza concurrí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el suceso humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que tenia dos ó tres años de esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dixo: prepárate á morir ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la Marquesa, sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corriame de parecer delante de los criados de la Marquesa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafio. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y mi dinero, hacer mi maleta, y retirarme con ella. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué que me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años, en virtud de lo qual tomé la resolucion de girar toda España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien proveido: gastando con juicio tendré para correr gran parte del Reyno. En acabándose el dinero me pondré á servir; pues á un mozo de mi salud y de mi edad siempre le sobrarán amos quando quiera buscarlos y tenga habilidad para escogerlos.

Vínome gana de ir á Toledo, y con efecto

to partí para aquella ciudad, y llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson, donde pasé por un hombre de importancia á favor de mi vestido y del ayre que me dí de petimetre. Podia facilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero, y no poco. Creciendo cada dia mas la inclinacion que tenia de viajar, despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella Ciudad, salí de ella un dia al amanecer y tomé el camino de Cuenca, con ánimo de pasar al Reyno de Aragon. Al segundo dia de viage entré á refrescar y descansar en una venta que habia en el camino. Poco despues que yo llegué, entró en la misma una tropa de Ministros de la Santa Hermandad. Pidieron luego vino, y se pusieron á beber. Oí que mientras estaban bebiendo hacian memoria de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian orden de prender: *pelo negro, cara larga, nariz aguileña, buen talle, veinte y tres años, y montado en un caballo castaño.*

Estábalos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que discurrían, y en la realidad me interesaba poco en saberlo. Dexélos en la venta, y proseguí mi camino. Aun no habia andado medio quarto de legua quando encontré un mocito muy galan montado en un caballo castaño. Vive diez (dixe yo) que éste es el que buscan los de la Santa Hermandad. Todas las señas

ñas le convienen; y es á quien quieren agarrar. A fé que quiero hacerle un buen servicio. Caballerito (le dixé saludándole con mucho respeto y cortesía) perdone Vmd. y sírvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, miróme fixamente, y mostróse muy sorprendido de mi pregunta. Señor (proseguí) no crea Vmd. que le haya hablado así por una impertinente curiosidad. Creyóme luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido (me respondió) no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y así agradeciendolos infinitamente el oportunísimo aviso, resuelvo mudar de camino. Yo sería de parecer (repuse entónces) que los dos buscásemos por aquí un sitio retirado donde Vmd. estuviere seguro y ámbos á cubierto de una gran tempestad que veo estarnos ya amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles frondosos, espesos y muy unidos. Ganámosla, y ella misma nos conduxo al pié de una montaña, donde encontrámos á un venerable hermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socabado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba una especie de corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuela, rodeado todo para mayor defensa con una especie de foso cubierto de verdes céspedes. Los con-

tor-



*Llegan D.ⁿ Alonso de Leyra y Gil Blas á una gruta
y á la entrada encuentran un Venerable Ermita-
ño, que los ospeda aquella noche.*

tornos de la gruta estaban sembrados de flores odoríferas que llenaban el ambiente vecino de suavísima fragancia; y cerca de la misma gruta se descubría una hendidura en la montaña, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo murmullo corría á dilatarse por una bella y espaciosa pradería. El solitario, que se dexó ver á la entrada de la gruta, parecía un hombre consumido por la vejez. Apoyábase sobre una muleta que tenia en una mano, y ocupaba la otra un gran rosarion de cuentas gordas y de quince diéces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana negra, con sendas orejeras, y su barba mas blanca que la nieve baxaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dixé: padre, nos dará licencia para suplicarle que nos permita refugiarnos en alguna parte, donde estemos á cubierto de la tempestad que nos viene amenazando? Hijos respondió el anacoreta, mi pobre gruta está á vuestra disposición, y podreis estar en ella todo el tiempo que quisieris. Los caballos, añadió, los podeis meter en aquel corral (señalándole con la mano) donde creo que estarán bien acomodados. Metimos en él los caballos, nosotros nos refugiámos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella quando se desprendió una copiosa lluvia entre continuos relámpagos y espantosos truenos. El hermitaño se hincó luego de rodillas delante de una imagen de San

Pacomio, encostrada en un nicho de la gruta; y nosotros hicimos lo mismo á exemplo suyo. Cesó la tempestad de los truenos y relámpagos, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos todos; pero como todavia continuase la lluvia, nos dixo el hermitaño: Yo, hijos míos, no os aconsejaré que os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, salvo que os obligue á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser este, ántes le suplicariamos que nos permitiese pasar allí la noche. La única incomodidad será la vuestra, respondió cortesanamente el anacoreta: tendreis mala cama, y peor cena, porque solo puedo ofrecer os la de un pobre hermitaño.

Diciendo esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió algunas cebollas con algunos mendrugos, y una jarra de agua. Esta, dixo, es mi comida y mi cena ordinaria; pero hoy es razon hacer algun exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dixo, y partió luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó como al desgayre sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia gran apetito, hizo poco gasto de aquellos exquisitos manjares. Observólo el hermitaño, y dixo: conozco y veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien

bien he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los bocados mas exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las yerbas, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballero se quedó como enagenado en una profunda suspension. Notólo el viejo, y le dixo: hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os aflige mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os ocupa? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única que me anima. Hállome en edad que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis en una situacion bien necesitada de él. Sí, padre mio, respondió el Caballero, arrancando del pecho un doloroso suspiro: es bien cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido á que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el hermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar qualquiera cosa, sea de la especie que fuere. Entonces el caballero habló en los términos siguientes.